

lidad tan indecorosa en presencia de los extranjeros (1).

En seguida los criados del monarca ofrecieron algunas cosas de comer á los españoles que estos no aceptaron porque no querían desmontar. Pero si bebieron un poco de chicha, servida en vasos de oro de un tamaño extraordinario, por las bellezas del harem imperial (2). Despidiéndose despues respetuosamente, los españoles volvieron á Caxamalca haciendo muchas y tristes reflexiones sobre lo que habían visto; sobre el estado y opulencia del monarca indio; sobre la fuerza de su armamento militar; sobre su equipo perfecto, y la aparente disciplina que en sus filas se notaba; todo lo que parecia denotar un grado mucho mayor de civilización, y por consiguiente de poder, que cuanto habían visto en las regiones bajas del país. Al poner todo esto en contraste con lo pequeño de su propia fuerza, demasiado avanzada ahora para que le pudiesen llegar socorros y refuerzos, conociéndose al centro de tan formidable imperio, y estaban llenos de tristes presentimientos para el porvenir (3). Pronto se comunicó á sus camaradas del campamento su espíritu de abatimiento, que no disminuyó ciertamente cuando, habiendo anochecido, vieron encenderse los fuegos de los peruanos, que cubrían el declive de la montaña, y que, segun uno de los conquistadores, eran tan numerosos como las estrellas del cielo (4).

Sin embargo había un corazon en el seno de aquella pequeña huerte en que no lograban penetrar ni el abatimiento ni el temor. Este era el de Pizarro, que al revés estaba lleno de satisfacción al ver que por fin habían llegado las cosas á la crisis que él había ansiado durante tanto tiempo. Vió la necesidad de dar pábulo á un sentimiento análogo en los suyos, sin lo cual todo se había perdido; y así, sin revelar sus planes, habló con sus soldados y les suplicó que no desmayasen en semejante circunstancia, cuando ya se encontraban frente á frente con el enemigo que tan constantemente habían buscado. Rogóles que confiaran en su propio valor y en el auxilio de aquella Providencia que los había salvado en tantas pruebas terribles: en esa Providencia que no los abandonaría ahora. Y si la ventaja del número, por grande que fuese, estaba en favor del enemigo, ¿qué importaba si el brazo de Dios estaba en favor de los españo-

(1) Pedro Pizarro, descub., y Conq., MS.—Rel. del primer descub., MS.

«Y algunos indios, con miedo, se desviaron de la carrera, por lo cual Atabalpa los hizo luego matar.» (Zárate, Conquista del Perú, lib. II, cap. IV.)—Xerez dice que el mismo Atabalpa confesó este hecho en conversacion con los españoles cuando estaba prisionero.—El caballo de Soto debía ciertamente asustar á los indios, si, como asegura Balboa, salvaba un espacio de veinte pies en un salto, y esto llevando un ginete cubierto de armadura. Historia del Perú, cap. XXII.

(2) Relacion del primer descubrimiento, MS.—Xerez, Conq. del Perú, ap. Barcia, tomo III, pág. 196.

(3) «Hecho esto y visto y atalayado la grandeza del ejército, y las tiendas que era bien de ver; nos volvimos adonde el dicho capitán nos estaba esperando, harto espantados de lo que habíamos visto, hablando y tomando entre nosotros muchos acuerdos y opiniones de lo que se debía hacer, estando todos con mucho temor ser tan pocos, y estar tan metidos en la tierra donde no podíamos ser socorridos.» (Relacion del primer descub., MS.) Pedro Pizarro tiene bastante franqueza para confesar la consternacion de los españoles. (Descub. y Conq.) El miedo era una sensacion muy estraña para el soldado español. Pero si no lo experimentaba en ocasion semejante, debía parecerse á aquel intrépido caballero que, como decia Carlos V, «nunca se hubiera atrevido á desparillar una luz con los dedos.»

(4) «Hecimos la guardia de la plaza, de donde se veían los fuegos del ejército de los indios, lo cual era cosa espantable, que como estaban en una ladera la mayor parte, y tan juntos unos de otros, no parecia sino un cielo muy estrellado.» Relacion del primer descub., MS.

les (5)? El soldado español obraba á impulsos de la doble influencia del espíritu caballeresco y del entusiasmo religioso. Este último era el mas eficaz en la hora del peligro; y Pizarro que entendia bien el carácter de la gente que tenia que manejar, presentando la empresa bajo el carácter de una cruzada, reanimó el fuego entre las cenizas del entusiasmo en los pechos de sus soldados y restableció en ellos su decaído ardor.

Llamó, pues, á consejo á sus oficiales para discutir el plan de operaciones ó mas bien para proponerles el proyecto extraordinario cuya ejecucion había decidido. Era este armar una celada al Inca, y cogerle prisionero á la faz de todo su ejército, proyecto peligrosísimo y como se deja conocer, casi desesperado. Pero tambien eran desesperadas las circunstancias en que los españoles se hallaban. A cualquiera parte que se volvieran veíanse amenazados de los mas terribles riesgos; y valia mas arrojarse con valor que retroceder ante ellos cuando no había medio de evitarlos.

Para huir era ya demasiado tarde. ¿Adónde habían de huir? A la primera señal de retirada caería sobre ellos todo el ejército del Inca. Sus pasos serían contados por un enemigo mucho mas conocedor que ellos mismos de las escabrosidades de la sierra, el cual ocupando las salidas podría cercarles por todos lados; además este movimiento retrógrado disminuiría la confianza y por consiguiente la fuerza del ejército español al mismo tiempo que doblaría la de su enemigo.

Pues permanecer largo tiempo en la inaccion, en la posición que los españoles ocupaban, parecia igualmente peligroso. Aun suponiendo que Atahualpa fuese amigo de los cristianos, no podían estos confiar en que perseverase en su amistad. La familiaridad con los blancos destruiría pronto la idea de que fuesen seres sobrenaturales y aun la de que fuesen de naturaleza superior á la suya. Su corto número le inspiraría desprecio: sus caballos, sus armas y su ostentoso aparato serían un cebo para el bárbaro monarca, y cuando supiese que estaba en su mano aniquilar á sus poseedores, no tardaría en encontrar pretexto para ello. Uno bueno se le ofrecia ya en las medidas arbitrarias de los conquistadores y en su marcha por sus dominios.

¿Pero qué motivo tenían para lisonjearse de que el Inca les fuese favorable? Era un príncipe astuto y nada escrupuloso, y si las noticias que con frecuencia habían recibido en el camino eran ciertas, siempre había mirado con malos ojos la llegada de los españoles: apenas era posible que hubiese hecho otra cosa: sus mensajes de amistad no habían tenido mas objeto que engañarlos para que cruzaran las montañas donde con el auxilio de sus guerreros podría fácilmente destruirlos. Estaban pues envueltos en las redes que el sagaz monarca les había tendido.

Así su único remedio era volver contra el Inca los artificios con que había engañado á los españoles y cogerle si era posible en sus propias redes. No había tiempo que perder; porque de un día á otro podían volver las victoriosas legiones que acababan de vencer en el Sur, haciendo así mas grande la desigualdad numérica entre el ejército del Inca y los españoles.

Sin embargo combatir á Atahualpa en campo abierto era muy arriesgado, y aunque la victoria coronase sus esfuerzos, no era probable que una persona tan importante como la del Inca cayese en poder de los vencedores. La invitacion que había aceptado de visitarles en sus reales les proporcionaba el medio mejor de asegurar la deseada presa. Ni parecia tan desesperado

(5) Xerez, Conq. del Perú, ap. Barcia, tomo III, pág. 197.—Naharro, Relacion sumaria, MS.

el plan considerando las grandes ventajas que ofrecian el carácter y las armas de los invasores y lo inesperado que seria el ataque. La sola circunstancia de obrar siguiendo un plan concertado compensaria la desigualdad del número. Pero no era necesario admitir toda la fuerza de los indios en la ciudad antes del ataque; y una vez asegurada la persona del Inca, sus tropas sorprendidas por tan estraño acontecimiento, fuesen pocas ó muchas, no tendrían ánimo para seguir resistiendo; y con el Inca en su poder Pizarro podia dictar leyes al imperio.

En este atrevido proyecto del gefe español era fácil ver que había querido imitar la brillante hazaña de Cortés cuando prendió al monarca azteca en su capital. Pero esta prision no se hizo con violencia, ó á lo menos con abierta violencia, y recibió la sancion, aunque fuese obligada, del monarca mismo. Tambien es verdad, que los resultados en aquel caso no justificaban la repetición del experimento; porque el pueblo se levantó en masa contra el príncipe y contra sus raptos; pero de esto había sido causa en parte la indiscrecion de estos últimos. El experimento en su éxito final fue bueno, y si Pizarro podia apoderarse de la persona de Atahualpa, para lo demás confiaba en su propia discrecion. La prision del Inca serviría por lo menos para sacarle de la crítica situacion en que se encontraba, poniendo en su poder una prenda inestimable de seguridad; y si desde luego no podia hacer que el monarca aceptase sus condiciones, la llegada de refuerzos de España le facilitaria en breve los medios de imponérselas.

Concertados sus planes para el siguiente dia se disolvió el consejo y Pizarro se ocupó en proveer á la seguridad de su gente durante la noche. Las avenidas de la poblacion se hallaban en estado de defensa; pusieronse centinelas en diferentes puntos y especialmente en lo alto de la fortaleza, desde donde debían observar la posición del enemigo para dar cuenta de cualquier movimiento con que amenazase turbar aquella noche la tranquilidad de los españoles. Tomadas estas precauciones, el gefe y sus oficiales se retiraron á los puntos designados, pero no á dormir. Por lo menos no debieron de dormir mucho los que estaban enterados del plan que había de ejecutarse á la mañana siguiente, mañana que había de decidir de su suerte coronando sus proyectos ambiciosos con el éxito mas feliz ó arruinándolos para siempre.

CAPITULO V.

Plan temerario de Pizarro. — Atahualpa visita á los españoles. — Matanza horrible. — El Inca prisionero. — Conducta de los conquistadores. — Magnificas promesas del Inca. — Muere Huascar.

1532.

DISIPÁRONSE las sombras de la noche y el sol se levantó brillante en la mañana del inmediato dia, el mas memorable en los anales del Perú. Era el sábado 16 de noviembre de 1532. El agudo sonido de la trompeta llamó á los españoles á las armas al romper el alba, y Pizarro dándoles en breves razones cuenta de su plan de ataque, tomó las disposiciones necesarias al efecto.

La plaza, segun se ha dicho en el anterior capítulo, estaba defendida por sus tres lados por filas de pequeños edificios que consistían en espaciosos salones, con anchas puertas de salida. En ellos colocó la caballería en dos divisiones, una á las órdenes de su hermano Hernando y otra á las de Soto. Situó la infantería en otro edificio, reservándose veinte hombres escogidos para acudir con ellos adonde el caso lo exigiese. Pedro de Candia con unos cuantos soldados y la artillería, comprendiéndose bajo este imponente nombre dos pequeñas piezas llamadas falconetes, se estableció en la fortaleza. Todos recibieron orden de perma-

TOMO I.

necer en sus puestos hasta la llegada del Inca. Cuando este entrase en la gran plaza, debían mantenerse escondidos y en observacion hasta que diese la señal que seria un tiro de arcabuz; entonces con grandes gritos de guerra debían salir de los edificios, caer espada en mano sobre los peruanos y apoderarse de la persona del Inca. La situacion de los vastos salones al mismo nivel de la plaza parecia muy á propósito para un golpe de teatro. Pizarro encargó muy particularmente á sus tropas el orden y la obediencia á los superiores, y que no hubiese confusion en el crítico momento, porque todo dependia de que obrasen con orden, serenidad y prontitud (1).

Despues cuidó el gefe español de que las armas de sus tropas estuviesen en buen estado y de que los pretales de los caballos llevasen campanillas para que aumentaran con su ruido la consternacion de los indios. Diéronse tambien á las tropas abundantes provisiones de boca para que nada faltase al buen éxito de la empresa. Adoptadas estas disposiciones, los eclesiásticos que iban en la expedicion celebraron una misa con gran solemnidad invocando al Dios de las batallas para que estendiese su escudo protector sobre los soldados que iban á pelear por ensanchar los límites del imperio de la cruz; y todos con gran entusiasmo cantaron el *Exurge Domine* «(Levántate ó Señor y juzga tu propia causa) (2).» Parecían una reunion de mártires dispuestos á dar su vidas en defensa de la fé, y no una licenciosa banda de aventureros meditando uno de los actos mas atroces de perfidia que recuerda la historia. Sin embargo, cualesquiera que fuesen los vicios de los caballeros castellanos, no tenían el de la hipocresía. Estaban convencidos de que peleaban por la cruz, y esta conviccion, exaltada como lo era en aquel momento, no les dejaba considerar los viles motivos que con el otro mas importante se mezclaban para animarlos á la empresa. Los soldados de Pizarro, inflamados de este modo de religioso ardor, esperaban con ánimo impaciente la llegada del Inca; y su gefe vió con satisfacción que en la hora crítica sus soldados no faltarian á lo que debían á su capitán y á sí mismos.

Ya era muy entrado el dia cuando se observó movimiento en el campo peruano, donde se hacían grandes preparativos para acercarse á los reales cristianos con toda ostentacion y ceremonia. Recibióse un mensaje de Atahualpa informando al gefe español que iria á visitarle armado con sus guerreros de la misma manera que los españoles habían ido á su campo en la noche precedente. La noticia no era muy agradable para Pizarro, aunque probablemente no tenia motivos para esperar lo contrario. Mas oponerse al deseo de Atahualpa habría sido manifestar desconfianza y darle á entender en cierto modo sus designios. Manifestó por tanto su satisfacción, asegurando al Inca que de cualquier modo que viniese le recibiría como amigo y hermano (3).

(1) Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.—Relacion del primer descubrimiento, MS.—Xerez, Conquista del Perú, ap. Barcia, tomo III, p. 197.—Carta de Hernando. Pizarro, MS.—Oviedo, Hist. de las Indias, MS., parte III, libro VIII, capítulo VII.

(2) «Los eclesiásticos i religiosos se ocuparon toda aquella noche en oracion, pidiendo á Dios el mas conveniente suceso á su sagrado servicio, exaltacion de la fé, i salvacion de tanto número de almas, derramando muchas lágrimas i sangre en las disciplinas que tomaron. Francisco Pizarro animó á los soldados con una muy cristiana plática que les hizo: con que, i asegurarles los eclesiásticos de parte de Dios y de su madre Santísima la victoria, amancecieron todos muy deseosos de dar la batalla, diciendo á voces, «Exurge Domine, et iudica causam tuam.» Naharro, Relacion sumaria MS.

(3) El gobernador respondió: Di á tu señor que venga en hora buena como quisiere, que de la manera que viniere lo recibiré como amigo y hermano. Xerez, Conq. del Perú, ap. Barcia, tomo III, pág. 197.—Oviedo, Hist. de las Indias, MS.

Ya era medio día cuando la comitiva de la indios se puso en marcha, ocupando larga estension de la gran calzada. Al frente de todos venia gran multitud de criados cuyo oficio parecia ser limpiar el camino de la menor particula de escombros. Por cima de toda la tropa sobresalia el Inca, llevado en los hombros de sus principales nobles, mientras otros de la misma categoría marchaban á los lados de su litera, desplegando tan brillantes ornamentos en sus personas que, segun el dicho de uno de los conquistadores, *relucian como el sol* (1). Pero la mayor parte de las tropas del Inca, estaban formadas en los campos á uno y otro lado del camino ó esparcidas por los anchos prados hasta perderse de vista (2).

Cuando la real comitiva llegó á cosa de media milla de la ciudad, hizo alto, y Pizarro vió con sorpresa que Atahualpa se preparaba para plantar sus tiendas como si quisiera fijar allí su campamento. A poco tiempo llegó un mensajero para anunciar á los españoles que el Inca ocuparía aquella noche el sitio en que se habia detenido, y que á la mañana siguiente haria su entrada en la ciudad.

Esta noticia disgustó mucho á Pizarro, que participaba de la impaciencia general de su gente, al ver la poca celeridad con que se movian los peruanos. Las tropas habian estado sobre las armas desde el amanecer, las de caballería sobre sus caballos, las de infantería en sus puestos, esperando en silencio la llegada del Inca. Profunda calma reinaba en toda la ciudad, interrumpida solamente de cuando en cuando por el grito del centinela que desde lo mas alto de la fortaleza anunciaba los movimientos del ejército indio. Pizarro sabia perfectamente que nada era mas peligroso para el valor y constancia del soldado que la prolongada inaccion en una situacion crítica como aquella; y temia que el ardor de sus tropas se evaporase sucediéndole aquella sensacion nerviosa, natural aun en las almas de los mas valientes en tales crisis, y que sino es temor está muy cerca de serlo (3). Respondió por tanto rogando á Atahualpa que cambiase de propósito; y añadiendo que tenia preparado todo lo necesario para recibirle y obsequiarle y que le esperaba á cenar aquella noche (4).

Este mensaje hizo mudar al Inca de intencion y levantando sus tiendas volvió á emprender su marcha, avisando primero al general que dejaria en aquel punto á la mayor parte de sus guerreros y entraria en la plaza solo con algunos de ellos y sin armas (5), pues

parte III, libro VIII, capítulo VII.—Carta de Hernando Pizarro, MS.

(1) «Hera tanta la pateneria que traian de oro y plata, que hera cosa estraña lo que reluzia con el sol.» Pedro Pizarro, Descub. y Conq. MS.

(2) El antiguo conquistador tantas veces citado, el número de guerreros peruanos le pareció no bajar de 50,000; «mas de cincuentamil que tenia de guerra.» (Relacion del primer descub., MS.)

El secretario de Pizarro que los vió acampados le parecieron como unos 50,000. (Xerez, Conq. del Perú, ap. Barcia, tomo III, pág. 196.) Por mas grato que sea á la imaginacion fijarse en un número preciso, es muy difícil hacerlo al calcular el de las tropas irregulares y tumultuosas que componen una bárbara hueste.

(3) Pedro Pizarro dice que un espía indio informó á Atahualpa de que los blancos estaban reunidos en las grandes cuadras de la plaza en gran consternacion (*Uenos de miedo*), «lo cual no era enteramente inexacto,» añade el caballero. Descub. y Conq., MS.

(4) Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.
«Asentados sus toldos, envió á decir al gobernador que ya era tarde, que él queria dormir allí que por la mañana venia. El gobernador le envió á decir que viniese luego, porque le esperaba á cenar, é que no habia de cenar hasta que fuese. Carta de Hernando Pizarro, MS.

(5) «El queria venir luego, é que venia sin armas. E luego Atabaliva se movió para venir, é dejó allí la gente con las armas, é llevó consigo hasta cinco ó seis mil indios sin armas, alvo que debajo de las camisetas traian unas porras pequeñas

preferia pasar la noche en Caxamalca. Al mismo tiempo mandó que se preparase alojamiento para él y su comitiva en uno de los grandes edificios de piedra que por tener la figura de una serpiente esculpida en la pared se llamaba la *casa de la serpiente* (6). Ninguna noticia podia haber sido mas agradable que esta para los españoles. No parecia sino que el monarca indio anhelaba precipitarse en el lazo que se le habia preparado. El fanático caballero no pudo dejar de ver en esto el dedo de la Providencia.

Es difícil esplicar esta conducta indecisa de Atahualpa, tan diferente de lo que podia esperarse del carácter resuelto y audaz que la historia le atribuye. No hay duda en que hizo su visita á los blancos con completa buena fé; si bien Pizarro tenia acaso razon en pensar que aquellas muestras de amistad tenian un cimientito muy poco sólido. Hay pocos motivos para suponer que desconfiase de la sinceridad de los extranjeros: de otro modo no se habria propuesto sin necesidad visitarles desarmado. Su primer propósito de venir con toda su fuerza tuvo sin duda por objeto desplegar toda su pompa real y tal vez mostrar mayor respeto á los españoles; pero cuando consintió en aceptar su hospitalidad y pasar la noche en sus reales, no quiso llevar gran número de sus soldados armados y prefirió visitarles de una manera que indicase que tenia entera confianza en su buena fé. Tenia un mandado demasiado absoluto en su propio imperio para sospechar con facilidad un ataque á su persona; acaso no comprendia que el corto número de hombres reunidos en Caxamalca tuviese la audacia de pensar apoderarse de un poderoso monarca en medio de su victorioso ejército. No conocia el carácter español.

Poco faltaba para ponerse el sol cuando la vanguardia de la comitiva real entró por las puertas de la ciudad. Primero venian algunos centenares de criados empleados en limpiar el camino de cualquier obstáculo y en cantar himnos de triunfo que en nuestros oídos, dice uno de los conquistadores, sonaban cual si no fuesen canciones del infierno (7). Despues seguian otras compañías de indios de diferentes clases y vestidos con libreas diferentes. Algunos vestian una tela vistosa blanca y colorada como las casas de un agedrez (8). Otros iban vestidos solamente de blanco con maruillos ó mazas de plata y cobre en las manos (9); y los guardias del inmediato servicio del príncipe se distinguian por su rica librea azul y profusion de ornamentos de alegres colores, indicando su categoría de nobles los largos pendientes que colgaban de sus orejas.

Sobresaliendo por cima de sus vasallos venia el Inca Atahualpa sobre unas andas en que habia una especie de trono de oro macizo y de inestimable valor (10). El palanquin estaba cubierto con las brillantes plumas de pájaros tropicales y guarnecido de chapas de oro y plata (11). Los adornos del monarca eran mucho mas ricos que los de la noche precedente. Colgaba de su cuello un collar de esmeraldas de brillantez y tamaño extraordinario (12). En su pelo corto

é hondas, é bolsas con piedras. Carta de Hernando Pizarro, MS.

(6) Xerez, Conquista del Perú, ap. Barcia, tomo III, página 197.

(7) Relacion del primer descub., MS.

(8) Idem, MS.

(9) Idem, MS.

(10) «El asiento que traia sobre las andas era un tablon de oro que pesó un quintal de oro, segun dicen los historiadores 25,000 pesos ó ducados.» Naharro, Relacion sumaria, MS.

(11) «Luego venia mucha gente con armaduras, patenas y coronas de oro y plata: entre estos venia Atabaliva, en una litera, aforrada de pluma de papagaios, de muchas colores, guarnecida de chapas de oro y plata.» Xerez, Conquista del Perú, ap. Barcia, tomo III, pág. 198.

(12) Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.

«Venia la persona de Atabaliva, la cual traian ochenta se-

llevaba adornos de oro y sobre sus sienas caia la borla imperial. El aspecto del Inca era grave y magestuoso; y desde su elevada posicion miraba á la multitud con aire de compostura como hombre acostumbrado á mandar.

Al entrar las primeras filas de la procesion en la gran plaza, que segun dice un antiguo cronista, era mas grande que ninguna de España, se abrieron á derecha é izquierda para dejar paso á la comitiva real. Todo se hizo con admirable orden. Permitióse al monarca atravesar la plaza en silencio y ni un solo español se dejó ver. Luego que entraron cinco ó seis mil indios Atahualpa mandó hacer alto, y dirigiendo á todas partes curiosas miradas preguntó: ¿dónde están los extranjeros?

En aquel momento fray Vicente de Valverde, religioso Dominicó, capellan de Pizarro, y despues obispo de Cuzco, salió con su Breviario, ó, segun otros dicen, con la Biblia en una mano y un crucifijo en la otra, y acercándose al Inca le dijo que venia por orden de su gefe á esplicarle las doctrinas de la verdadera fé, para cuyo fin los españoles habian venido á su país desde tan distantes climas. Despues pasó á esplicarle lo mas claramente que pudo el misterio de la Trinidad, y remontándose en seguida á la creacion del hombre, habló de su caída, de su redencion por Jesucristo, de la crucifixion y de la ascension del Salvador á los cielos despues de haber dejado al apóstol San Pedro por vicario suyo en la tierra. Díjole como las facultades dadas por Jesucristo á su vicario habian sido trasmitidas á los sucesores de aquel apóstol, hombres sábios y virtuosos que bajo el título de papas ejercian autoridad sobre todos los tronos y potentados de la tierra. Manifestóle que uno de los últimos papas habia comisionado al emperador español, monarca el mas poderoso del mundo, para conquistar y convertir á los naturales de aquel hemisferio occidental; y que su general Francisco Pizarro habia venido para ejecutar tan importante comision; concluyendo con rogarle que le recibiese afectuosamente; que abjurase los errores de su fé y abrazase la de los cristianos, única que podia salvar su alma; y que se reconociese tributario del emperador Carlos V, que en todo caso le auxiliaria y protegeria como á leal vasallo (1).

Es dudoso que Atahualpa se hiciese cargo de ninguno de los curiosos argumentos con que el religioso quiso establecer una relacion entre Pizarro y San Pedro; aunque debió de concebir nociones muy incorrectas acerca de la Trinidad si, como dice Garcilasso, el intérprete Felipillo le esplicó este misterio diciéndole que los cristianos creian en tres dioses y un Dios que hacian cuatro (2). Pero es indudable que comprendió perfectamente que el objeto del discurso era persuadirle que debia renunciar á su cetro y reconocer la supremacia de otro.

Centellearon los ojos del monarca indio, y su oscuro ceño se oscureció mas al contestar: «no quiero ser tributario de ningun hombre, yo soy mas que ningun príncipe de la tierra: vuestro emperador puede ser un gran príncipe, no lo dudo, pues veo que ha

ñores en hombros, todos bestidos de una librea azul muy rica, y él bestia su persona muy ricamente, con su corona en la cabeza, y al cuello un collar de esmeraldas grandes.» Relacion del primer descub., MS.

(1) Montesinos dice que Valverde leyó al Inca la fórmula usada por los españoles en sus conquistas (Anales, MS., año 1533); pero esta fórmula, aunque bastante absurda, no comprendia todo el discurso teológico que hizo el capellan en aquella ocasion. Sin embargo, no es imposible que la leyera. Yo he seguido la relacion de Naharro que recogió sus informes de los mismos actores de aquella tragedia, y cuya minuciosa relacion está corroborada por el testimonio mas generalmente admitido de los dos Pizarros y del secretario Xerez.

(2) «Por dezir Dios trino y uno, dixo Dios tres y uno son cuatro, sumando los números por darse á entender.» Com. Real, parte II, lib. I, cap. XXIII.

enviado á sus vasallos desde tan lejos y cruzando los mares, y por lo mismo quiero tratarle como hermano. Respecto al papa de quien me hablais, debe chochearse si trata de dar reinos que no le pertenecen: en cuanto á mi religion, no quiero cambiarla: vuestro Dios segun dices, fue condenado á muerte por los mismos hombres á quienes habia creado; pero el mio, añadió señalando á su deidad que entonces se hundia detras de las montañas, el mio vive aun en los cielos y desde allí vela sobre sus hijos (3).»

Despues preguntó á Valverde con qué autoridad le decia aquellas cosas, á lo cual respondió el fraile, mostrándole el libro que tenia en la mano. Tomóle Atahualpa, volvió algunas páginas, é irritado sin duda por el insulto que habia recibido le arrojó en tierra lejos de sí exclamando: «Dí á tus compañeros que me darán cuenta de sus acciones en mis dominios, y que no me iré de aquí sin haber obtenido plena satisfaccion de los agravios que me han hecho (4).

Altamente escandalizado el fraile del ultraje hecho al sagrado libro, le alzó del suelo y corrió á informar á Pizarro de lo que el Inca habia hecho, esclamando al mismo tiempo: «¿no veis que mientras estamos aquí gastando tiempo en hablar con este perro lleno de soberbia, se llenan los campos de indios? Salid á él que yo os absuelvo (5).» Pizarro vió que habia llegado la hora. Agitó una bandera blanca en el aire, que era la señal convenida: partió el fatal tiro de la fortaleza, y entonces saliendo el capitan y sus oficiales á la plaza, lanzaron el antiguo grito de guerra. «¡Santiago y á ellos! el cual fue respondido por el grito de combate de todos y cada uno de los españoles que se hallaban en la ciudad, saliendo impetuosamente de los grandes salones en que estaban ocultos é invadiendo la plaza caballería é infantería en columna cerrada y arrojándose en medio de la muchedumbre de indios. Estos, cogidos de sorpresa, aturdidos por el ruido de la artillería y arcabuceria, cuyos ecos zumbaban como el trueno en los edificios, y cegados por el humo que en sulfúreas columnas se estendia por la plaza, se llenaron de terror y no sabian adonde huir para librarse de la ruina que creian cercana. Nobles y plebeyos cayeron á los pies de los caballos cuyos ginetes repartian golpes á derecha é izquierda sin perdonar á nadie, mientras sus espadas brillando al

(3) Véase el *Apéndice* núm 8, donde el lector encontrará extractos originales de varios manuscritos de aquel tiempo referentes á la captura de Atahualpa.

(4) Algunas relaciones describen el discurso del Inca en términos mucho mas insultantes para los españoles (véase *Apéndice* núm. 8); pero en ocasiones tan críticas no se puede saber con exactitud el lenguaje que se usara. Segun algunas autoridades, Atahualpa dejó caer el libro por casualidad. (Montesinos, Anales, MS., año de 1533. Balboa, Hist. del Perú, capítulo XXIII.) Pero el testimonio de los que estaban presentes, segun ha llegado hasta nosotros, está de acuerdo con los que decimos en el texto. Y si habló con el calor que se atribuye, es mas probable que arrojase el libro que no que se le cayese.

(5) «Visto esto por el frayle y lo poco que aprovechaban sus palabras, tomó su libro y abajó su cabeza y fuese para donde estaba el dicho Pizarro, y díjole: ¿no veis lo que pasa? ¿para qué estais en comedimientos y requerimientos con este perro, lleno de soberbia, que vienen los campos llenos de indios? Salid á él que yo os absuelvo.» (Relacion del primer descubrimiento, MS.) El historiador hubiera sido mas parco en atribuir conducta tan diabólica al padre Valverde si no hubiera tenido pruebas de ella. Dos de los conquistadores presentes, Pedro Pizarro y Xerez, dicen solamente que el fraile refirió al gobernador el ultraje hecho al sagrado libro, pero Hernando Pizarro y el autor de la relacion del primer descubrimiento, ambos testigos de vista, y Naharro, Zárate, Gomara, Balboa, Herrera, y el Inca Titucussi Yupanqui, los cuales tomaron sus noticias de personas que presenciaron los hechos, cuentan este con poca diferencia segun se refiere en el texto. Sin embargo, Oviedo adopta la relacion de Xerez, y Garcilasso pretende probar que Valverde no trató de escitar las pasiones de sus compañeros.

través de la espesa nube de humo, introducían el desaliento en los corazones de los desdichados indios, que por la primera vez veían las terribles maniobras de la caballería. Así es que no hicieron resistencia, ni tampoco tenían armas con que hacerla. Ni tenían medio de escapar porque la entrada de la plaza estaba cerrada por los cuerpos muertos de los que habían perecido haciendo vanos esfuerzos para huir; y tal era la agonía de los vivos en el terrible ataque de los agresores, que una gran multitud de indios en sus esfuerzos convulsivos rompieron por medio de una tapia de piedras y barro seco y abrieron un boquete de mas de cien pasos, por el cual se salieron al campo, perseguidos todavía por la caballería que, saltando por cima de los escombros de la tapia derribada, cayó sobre la retaguardia de los fugitivos matando á muchos y dispersándolos en todas direcciones (4).

Entre tanto el combate ó mas bien la mortandad continuaba con ardor en torno del Inca cuya persona era el gran objeto del ataque. Sus fieles nobles poniéndose á su alrededor, se arrojaban á contener á los agresores, y cuando no podían arrancarles de sus sillal les ofrecían sus pechos por blanco á sus venganzas y por escudo de su querido soberano. Dicen algunas autoridades que llevaban armas ocultas bajo los vestidos. Si así fué, de poco les sirvieron, pues nadie dice que echasen mano de ellas (2). Pero los animales mas tímidos se defienden cuando se ven acorralados; y si los indios no lo hicieron en aquel caso, es prueba de que no tenían armas con que defenderse. Sin embargo, continuaron conteniendo á la caballería, asíndose de los caballos para inutilizar su ímpetu, y cuando uno caía otro ocupaba su lugar con una lealtad verdaderamente patética.

El monarca indio aturdido y cercado vió caer á su alrededor á sus mas fieles vasallos sin comprender apenas lo que le pasaba. La litera en que iba andaba de aquí para allá segun los agresores acometían por un lado ó por otro; y él contemplaba aquel espectáculo de desolacion como el marinero solitario, que acosado en su barca por los furiosos elementos ve brillar los relámpagos y oye retumbar los truenos á su alrededor con la convicción de que nada puede hacer para evitar su suerte. Al fin los españoles causados de su obra de destruccion y viendo que las sombras de la noche se aumentaban, empezaron á temer que la régia presa despues de tantos esfuerzos se les escapase; y algunos caballeros intentaron á la desesperada concluir de una vez quitando la vida á Atahualpa. Pero Pizarro, que estaba cerca de su persona, gritó con voz ostentosa: «El que estime en algo su vida, que se guarde de tocar al Inca (3);» y estendiendo el brazo para protegerle fue herido en la mano por uno de

(1) Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.—Xerez Conquistador del Perú, ap. Barcia, tomo III, pág. 198.—Carta de Hernando Pizarro, MS.—Oviedo, Hist. de las Indias, MS. parte III, lib. VIII, cap. VII.—Relacion del primer descubrimiento, MS.—Zárate, Conq. del Perú, MS., lib. II, cap. V.—Instruccion del Inca Titucussi Yupanqui, MS.

(2) El autor de la relacion del primer descubrimiento dice que algunos llevaban arcos y flechas, y que otros iban armados con martillos ó mazas de plata y cobre las cuales sin embargo podían estar destinadas mas para ornamento que para servirse de ellas en el combate.—Pedro Pizarro y algunos escritores posteriores dicen que los indios llevaban correas para atar á los blancos que pretendían hacer cautivos. Tanto Hernando Pizarro como el secretario Xerez, convienen en que las únicas armas que tenían las llevaban ocultas bajo los vestidos; pero como no dicen que hiciesen uso de ellas, y como el Inca anunció que iba sin armas, puede darsé de la verdad de esta asercion, y aun se la puede tener por inexacta. Todas las autoridades, sin escepcion, convienen en que no hubo resistencia.

(3) El marques dió voces diciendo: «Nadie hiera al indio so pena de la vida.» Pedro Pizarro, Descubrimiento y Conquista, MS.

sus soldados, cuya herida fue la única recibieron los españoles en la accion (4).

Entonces la pelea se renovó con mas furor en torno de la regia litera, la cual se bamboleaba cada vez mas hasta que al fin, muertos muchos de los nobles que la sostenían cayó; y el Inca se hubiera dado un gran golpe en el suelo si Pizarro y algunos de los suyos no hubieran acudido á sostenerle en sus brazos. La borla imperial fue inmediatamente arrancada de sus sienas por un soldado llamado Estete (5), y el desgraciado monarca fue trasladado á un edificio inmediato donde se le puso en custodia con la mayor vigilancia.

Cesó entonces toda tentativa de resistencia. Estendióse la noticia de la captura del Inca por la ciudad y por los campos: disolvióse el encanto que podía mantener unidos á los peruanos y cada uno pensó solamente en su propia salvacion. Cundió también la alarma entre los soldados acampados en las inmediaciones, los cuales al saber la fatal nueva dieron á huir por todos lados perseguidos por los españoles que en el calor del triunfo se mostraron sin misericordia. Al fin la noche, mas piadosa que los hombres, tendió su amigo manto sobre los fugitivos, y las diversas tropas de Pizarro se reunieron otra vez al toque de trompeta en la sangrienta plaza de Caxamalca.

Del número de muertos se habla como es costumbre con gran discrepancia. El secretario de Pizarro dice que murieron dos mil indios (6). Un descendiente de los Incas, autoridad mas segura que la de Garcilasso, calcula el número de muertos en diez mil (7). La verdad se encuentra generalmente entre

(4) Cualquiera que sea la discrepancia que sobre otros puntos exista entre los escritores castellanos, todos concuerdan en el hecho notable que ningun español, escepto el general, salió herido en aquella ocasion. Pizarro vió en esto un motivo satisfactorio para considerar á los españoles en aquel dia como protegidos especialmente por la Providencia. Véase Xerez, Conq. del Perú, ap. Barcia, tomo III, pág. 199.

(5) Miguel Estete, el cual la conservó por mucho tiempo como un trofeo de la hazaña, segun dice Garcilasso de la Vega (Com. Real parte II, lib. I, cap. XXVII), autoridad indiferente á todo en esta parte de su historia. Este escritor popular, cuya obra por su superior conocimiento de las instituciones del país, ha obtenido mayor crédito aun en lo relativo á la conquista que las relaciones de los conquistadores mismos, se entregó á las inspiraciones de su imaginacion poética con imponderable estension al hablar de la captura de Atahualpa. Segun él, Atahualpa trató á los invasores desde el principio con gran deferencia como á descendientes de Viracocha, los cuales, segun sus oráculos, habían de venir y reinar sobre la tierra. Pero si en efecto el Inca les hubiese tributado este lisonjero homenaje, no era posible que hubiese dejado de llegar á noticia de los conquistadores. Garcilasso había leído los comentarios de Cortés, segun él mismo nos dice; y es probable que lo que refiere con algun fundamento aquel general respecto á una supersticion semejante entre los aztecas, le sugiriese la idea de inventar un sentimiento igual entre los peruanos, con lo cual al paso que lisonjeaba la vanidad de los españoles, vindicaba en cierto modo á sus paisanos de la acusacion de cobardía en que incurrieron por su pronta sumision á los vencedores, pues aunque habrían podido resistir á los hombres, hubiera sido locura oponerse á los decretos del cielo. Sin embargo, la poética version de Garcilasso es tan agradable á la imaginacion que siempre ha encontrado favor en la mayoría de los lectores.

(6) Xerez, Conquista del Perú, ap. Barcia, tomo III, página 199.

(7) «Los mataron á todos con los caballos, con espadas, con arcabuces, como quien mata ovejas, sin hacerles nadie resistencia, que no se escaparon de mas de diez mil dociientos.» Instruc. del Inca Titucussi, MS.

Este documento, que se compone de doscientas páginas en folio, está firmado por un peruano Inca, nieto del gran Huayna Capac, y nieto por consiguiente de Atahualpa. Fue escrito en 1570 y destinado á presentar á S. M. Felipe II, las reclamaciones de Titucussi y de los individuos de su familia. En este memorial el solicitante aprovecha la ocasion de recapitular algunos de los principales sucesos de los últimos años del imperio, y su escrito aunque capaz por su prolijidad de cansar la

los extremos. La matanza fue incesante, pues ningun obstáculo se le opuso. Y que no hubiese resistencia no parecerá extraño si se considera que las desgraciadas víctimas estaban sin armas y que debían hallarse confusos y aterrorizados por el extraño é imponente espectáculo que tan de improviso é inesperadamente hubieron de presenciar. «¿Qué maravilla, dijo un antiguo Inca á un español que lo repite, qué maravilla que nuestros paisanos se aturdiesen, si veían la sangre correr como agua, y al Inca, cuya persona todos adoramos, cogido y aprisionado por un puñado de hombres (1)?» Sin embargo, aunque la matanza fue incesante, fue tambien de corta duracion; pues sucedió en el tiempo que media entre el principio y fin del crepúsculo que en los trópicos no escede de media hora, corto período, en verdad, si bien suficiente para que en él se decidiese de la suerte del Perú y cayese la dinastía de los Incas.

Aquella noche Pizarro cumplió la promesa que había hecho al Inca de cenar con él. Sirvióse el banquete en una de las cuadras que hacían frente á la gran plaza, teatro pocas horas antes de la accion, y que todavía estaba cubierta de los cadáveres de los vasallos del Inca. Sentóse el cautivo monarca inmediato á su vencedor. Parecía no comprender la estension de su desgracia; ó si la comprendió manifestó sorprendente fortaleza. «Estas son vicisitudes de la guerra» dijo (2); y si hemos de dar crédito á los españoles, manifestó su admiracion por la destreza con que habían logrado hacerle prisionero en medio de sus tropas (3). Anadió que había tenido noticia de los movimientos de los blancos desde el momento en que desembarcaron; mas que por lo insignificante de su número había menospreciado su fuerza, no dudando que con las suyas superiores podría fácilmente abrumarlos y vencerlos á su llegada á Caxamalca; y que deseando ver por sí mismo qué clase de hombres eran, les había dejado cruzar las montañas, pensando elegir los que le parecieran para su servicio, apoderarse de sus maravillosas armas y caballos y dar muerte á los demas (4).

Es probable que tal fuese el propósito de Atahualpa; con esto se explica el que no ocupase los pasos de la montaña que tan buenos puntos de defensa le ofrecían contra los invasores. Pero no es tan probable que un príncipe tan astuto como parece haber sido, segun el testimonio general de los conquistadores, descubriese sin razon ni motivo sus ocultas intenciones. La conversacion con el Inca, fue tenida por medio del intérprete Felipeillo, así llamado porque había tomado nombre cristiano, jóven malicioso, que segun parece no tenía buena voluntad á Atahualpa, y cuyas interpretaciones fácilmente eran admitidas por los conquistadores, deseosos, de encontrar pretextos para sus sangrientas represalias.

Atahualpa, segun en otra parte se ha dicho, tenía

paciencia de Felipe II, es de mucho valor como documento histórico procedente de un individuo de la familia del Perú.

(1) Segun Naharro, no asombró tanto á los indios el estruendo y el ímpetu del ataque de los españoles, aunque fue tal que el cielo se venía abajo, como una terrible aparicion que se presentó en el aire durante la matanza. Consistía esta en una mujer y un niño, á cuyo lado estaba un hombre vestido de blanco sobre un caballo de batalla color de leche (sin duda el valiente Santiago), el cual con su brillante espada cargó sobre la hueste infiel é imposibilitó su resistencia. La existencia de este milagro la apoya el buen padre con el testimonio de otros tres de su órden que se hallaron presentes en la accion y oyeron la noticia de boca de muchos indios. Relacion sumaria, MS.

(2) «Diciendo que era uso de guerra vencer y ser vencido. Herrera, Hist. general, dec. V, lib. II, cap. XII.

(3) «Haciendo admiracion de la traza que tenía hecha.» Relacion del primer descub., MS.

(4) «Y en mi opinion, añade el conquistador que refiere este discurso, tenía buenas razones para creer que podría hacerlo, pues solo la milagrosa intervencion del cielo podía habernos salvado.» Idem, MS.

entonces treinta años de edad. Era bien formado y mas robusto de lo que ordinariamente se veía entre sus paisanos. Su frente era ancha y su rostro podría haberse llamado hermoso, si los ojos sanguinolentos que tenía no hubiesen dado una espresion feroz á sus facciones. Era resuelto en su lenguaje, grave en sus maneras, y para con sus vasallos duro hasta la severidad, si bien con los españoles se mostró afable permitiéndose algunas veces conversaciones chis-tosas (5).

Trató Pizarro con mucha consideracion á su régio cautivo y procuró aligerar, ya que no podía disipar, la tristeza que á despecho de su aparente conformidad se advertía en el monarca. Aconsejóle que no se dejase abatir por los reveses, porque la misma suerte que él habían tenido todos los príncipes que habían opuesto resistencia á los blancos. Díjole que habían llegado á aquel país para proclamar el evangelio, la religion de Jesucristo y que no era maravilla que venciesen; pues que el escudo de Dios les protegía, que el cielo había permitido que quedara humillado el orgullo de Atahualpa por haberse manifestado hostil á los españoles, y por el ultraje que había hecho al sagrado libro; pero que le suplicaba tuviese ánimo y confiase en él, porque los españoles eran una raza generosa que solo hacían guerra á los que se les oponían, y se mostraban clementes con los que se les sometían (6). Atahualpa debió quedar convencido con este discurso de que la matanza de aquel dia no probaba nada contra esta ponderada clemencia.

Antes de retirarse á descansar dirigió Pizarro á sus tropas un breve discurso sobre la situacion en que se encontraban. Cuando supo que ni un solo hombre había salido herido, mandó que se ofreciesen acciones de gracias á la Providencia por tan gran milagro; pues sin su proteccion nunca podrían haber vencido tan fácilmente á tantos enemigos; por lo cual creía que Dios había conservado sus vidas para mayores cosas. Díjoles tambien que si querían vencer en todo, debían poner mucho de su parte, pues estaban en el centro de un poderoso reino, cercados de enemigos profundamente adictos á su soberano natural, que debían estar siempre alerta y preparados á cualquiera hora para dejar el sueño cuando la trompeta les llamase á sus puestos (7). Habiendo despues colocado sus centinelas, establecido una fuerte guardia en la habitacion de Atahualpa y tomado todas las precauciones de activo y prudente capitán, se retiró á descansar; y si realmente estaba convencido de que en las sangrientas escenas del dia había peleado solo por el triunfo de la cruz, debió de dormir sin duda con sueño mas profundo que en la noche anterior á la captura del Inca.

A la mañana siguiente el primer cuidado del gefe español fue mandar que se limpiase la ciudad de todas sus impurezas, y los prisioneros, que había muchos, se emplearon en retirar los muertos y darles decente sepultura. Despues despachó una partida como de treinta caballos al campamento últimamente ocupado por Atahualpa en los baños, para tomar posesion del botín y dispersar los restos de las fuerzas peruanas que todavía se mantenían alrededor de la plaza. Antes de medio dia llegó el destacamento con una gran multitud de indios hombres y mujeres, y entre estas, muchas de las esposas y criadas del Inca. Los españoles no habían encontrado resistencia, porque los guerreros peruanos, aunque tan superiores en número, aunque ocupaban tan excelentes posiciones y

(5) Xerez, Conquista del Perú, ap. Barcia, tomo III, página 205.

(6) «Nosotros usamos de piedad con nuestros enemigos vencidos, y no hacemos guerra sino á los que nos la hacen, y pudiéndolos destruir no lo hacemos, antes los perdonamos.» Xerez, Conq. del Perú, ap. Barcia, pág. 199.

(7) Idem.—Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.